



La gracia de nuestra presencia mutua en Cristo: Encuentro, Acompañamiento y Misión F. Javier Orozco

Introducción

Las palabras, “*Esto es Mi cuerpo que se entrega por ustedes*”, nos invitan a la reflexión y oración sobre el sacramento de la Eucaristía en nuestras vidas. Como católicos, reconocemos en estas palabras el don generoso que Dios, el Padre, nos ofrece en su Hijo, Jesús. Del mismo modo, con corazones agradecidos, podemos afirmar en el Espíritu la inmensidad del amor sacrificial y vivificante de Jesús por nosotros. “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed... Sí, esta es la decisión de mi Padre: toda persona que al contemplar al Hijo crea en él tendrá vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Juan 6, 35;40).

Hoy, estamos entre aquellos que vienen al Señor, creen en Él y ven Su presencia amorosa en el Espíritu de verdad y vida en nuestras comunidades (Juan 14, 16-17). Además, es en el Espíritu que discernimos los caminos a seguir mientras buscamos imitar la presencia sacrificial y vivificante de Cristo. Como nos recuerda Juan el Evangelista, la presencia amorosa de Cristo en el Espíritu nunca está lejos de nosotros, guiando nuestros pasos en el encuentro mutuo, el acompañamiento y la misión (Juan 16, 13-14).

Hacia encuentros más vivificantes entre nosotros

Supongo que cada uno de nosotros tiene su cita, gesto o imagen favorita del Papa Francisco. Es notable ver cómo sus reflexiones han tocado nuestros corazones católicos, y las vidas de muchos otros que tienen diferentes credos y convicciones éticas. Teniendo en cuenta nuestra reflexión sobre los encuentros que dan vida, el aprecio del Papa Francisco por una cultura del encuentro que amplía nuestras vidas da sentido espiritual y profundidad a lo que significa estar con y ser para los demás. En su encíclica, *Lumen Fidei*, el Papa Francisco dice: “La persona vive siempre en relación. Proviene de otros, pertenece a otros, su vida se ensancha en el encuentro con otros. Incluso el conocimiento de sí, la misma autoconciencia, es relacional y está vinculada a otros que nos han precedido: en primer lugar nuestros padres, que nos han dado la vida y el nombre” (*Lumen Fidei*, 38).

De hecho, hay en nuestro mundo una verdadera sed y hambre de encuentros mutuos que puedan llevarnos a una vida más plena y acercarnos al reino de Dios. No es difícil para nosotros reconocer un mundo y una sociedad saturados de narrativas culturales divisivas con la intención de corroer el tejido de la comunidad y la comunión mutua. En algunos casos, nuestros hermanos, hermanas, amigos y vecinos se han convertido en el extraño, relegados a las periferias de nuestro cuidado y preocupación. En consecuencia, nos encontramos viviendo en una sociedad y cultura que de muchas y diferentes maneras nos desalienta a tomar pasos en busca de la hermandad. Es en esta realidad divisiva y fragmentada que nuestra cultura del encuentro puede tener un efecto transformador, acercándonos unos a otros.

La comprensión de que “provenimos de otros y pertenecemos a otros” proporciona una visión alternativa y un lugar de partida a nuestros discursos e interacciones cívicas y eclesiales

cargadas por puntos de vista individualistas, posiciones y reclamos rígidos que carecen de respeto y civilidad. Más concretamente, para los seguidores de Cristo, el desprecio por el mundo no es una opción. Nuestra identidad eucarística nos dice que pertenecemos juntos, y nuestro "conocimiento y autoconciencia" son de hecho relacionales. La presencia de Cristo que es nuestra en nuestra comunión diaria con el Espíritu de verdad y de vida también debe obligarnos a salir de nosotros mismos en busca de nuestros hermanos y hermanas cuyo idioma, raza, cultura, religión y cosmovisión difieren de los nuestros. Sabemos por las enseñanzas de Jesús y sus encuentros con otros cuán esencial es esta entrega de amor en comunión para la edificación del reino de Dios. El encuentro de Jesús con la mujer sirofenicia, por ejemplo, nos muestra cómo el enriquecimiento mutuo puede tener lugar cuando hacemos espacio para los demás, dejando de lado nuestros prejuicios y estereotipos culturales (Marcos 7, 24-30).

Además, en las Bienaventuranzas, Jesús proporciona caminos transformadores que abren de par en par nuestros corazones a encuentros más profundos y significativos con las historias de los demás (Mateo 5, 1-12). De Jesús, aprendemos que nuestro abrazo común debe estar repleto de pobreza de espíritu, compasión, sacrificio, paciencia, justicia y paz. Puede ser incómodo abrir nuestros corazones para experimentar nuevos pueblos, culturas, actitudes y comportamientos que se nos presenten. Sin embargo, en la fe, podemos reconocer que encontrar a los demás requiere que seamos intencionales y sacrificados. Como Jesús, debemos vivir más plenamente nuestra identidad eucarística entregándonos en la caridad y la justicia. Además, si bien es posible que no siempre estemos de acuerdo en todos los temas o comprendamos completamente nuestras diferencias compartidas, debemos aferrarnos a nuestra creencia de que encontrarnos unos a otros

como hermanos y hermanas, no como enemigos, puede proporcionarnos gracia vivificadora para el camino.

Aprender a caminar juntos en el acompañamiento mutuo y la misión

Una de las imágenes más perdurables de la Iglesia del Concilio Vaticano II es la imagen pastoral y la comprensión del pueblo de Dios como una "Iglesia peregrina". En su Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, el Concilio nos recuerda nuestra identidad peregrina y nuestra vocación escatológica. Verdaderamente, nuestro caminar juntos nunca está lejos de la presencia de Cristo en sus santos, moviéndonos a la santidad. "Mirando la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la ciudad futura y al mismo tiempo aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno" (*Lumen Gentium*, 50).

Como miembros de la Iglesia peregrina, entonces, buscamos mantener nuestros ojos fijos en las cosas de arriba (Colosenses 3, 1-4) aprendiendo a caminar de cerca con Cristo y los santos, que nos inspiran a seguir caminando y nos ayudan a dar testimonio de la verdad del Evangelio. Pues es "en la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros...[que] Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro" (*Lumen Gentium*, 50). Es caminando, siguiendo los pasos de aquellos que nos han precedido, en la fe, que nuestra identidad peregrina puede encontrar esperanza y dirección. Además, incluso cuando miramos a la futura Iglesia celestial (Hechos 3, 21), también orientamos nuestra mirada y nuestro camino hacia la Iglesia terrenal

dotada de verdadera bondad, belleza y santidad en su vida litúrgica y sacramental (*Lumen Gentium*, 48).

Es en la participación del alimento sacramental y la espiritualidad eucarística, en el camino, que encontramos una verdadera comunión y comunidad. Como los discípulos en el camino a Emaús (Lucas 24, 13-35), debemos aprender a practicar un acompañamiento real e intencional que nos abra a recibir y compartir el cuerpo entregado por nosotros. En el camino, el fruto de la tierra y del trabajo de nuestras manos deben reflejar un genuino sentido de acompañamiento y una misión común. Como tal, nuestros esfuerzos humanos deben crear espacios para una mayor inclusión, abrir nuestras historias en mesas de vulnerabilidad y confianza, y permitir que el Espíritu nos sorprenda con una abundancia de posibilidades. En nuestro acompañamiento, nuestros ojos deben estar abiertos al Señor y nuestros corazones deben arder por la misión que se nos ha confiado. “Entonces se dijeron el uno al otro: ‘¿No sentíamos arder nuestros corazones cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?’ De inmediato se levantaron y volvieron a Jerusalén” (Lucas 24, 31-32).

Asimismo, es en nuestra mesa sacramental dominical de acompañamiento donde la presencia de Cristo resucitado nos abrirá los ojos, de nuevo. En la comunión, veremos “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres [y mujeres] de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”, y, en ese instante, reconoceremos que “son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (*Gaudium et Spes*, 1). Animados por esta visión y comunión en la misión, saldremos a la manera del Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37) en solidaridad y servicio al bien común (*Fratelli Tutti*, 67). Ya no como

extraños, sino como peregrinos llenos de fe, alimentados por la palabra y el pan de vida, volveremos a nuestros hogares y puestos públicos, entregándonos en el recuento y la vivencia de las historias que arden en nuestros corazones y transforman nuestras vidas. Ya no habrá nada verdaderamente humano que no encuentre eco en nuestros corazones.

Conclusión

Concluimos con estas preguntas: ¿Cómo pueden las Bienaventuranzas (Mateo 5, 1-12) ayudarnos a construir una cultura de encuentro más fuerte en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad? ¿Qué nos enseña el camino a Emaús (Lucas 24, 13-35) sobre el acompañamiento y la comunión? ¿Cómo amplía el cuento del Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37) nuestro sentido de comunión y misión? Finalmente, ¿cómo pueden los dones del encuentro y del acompañamiento formar nuestra misión e identidad misionera como Iglesia peregrina?

REFERENCIAS

1. La Biblia: Latinoamérica, Edición revisada 1995 (San Pablo, Editorial Verbo Divino)
2. *Carta encíclica, lumen fidei, sobre la fe*,
https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20130629_enciclica-lumen-fidei.html
3. *Constitución dogmática, lumen gentium, sobre la iglesia*,
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html
4. *Constitución pastoral, gaudium et spes, sobre la iglesia en el mundo actual*,
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
5. *Carta encíclica, fratelli tutti, sobre la fraternidad y la amistad social*,
https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html

